

A propósito de...

ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA
15 de AGOSTO



Aquella mujer que supo acoger como nadie la salvación que se le ofrecía en su propio Hijo, ha alcanzado ya la vida definitiva. La que supo sufrir junto a la cruz la injusticia y el dolor de perder a su Hijo, comparte hoy su vida gloriosa de resucitado y nos invita a caminar por la vida con esperanza. Porque, antes que nada, la asunción de María es una fiesta que confirma nuestra esperanza cristiana: hay salvación para el hombre. Hay una vida definitiva que se ha cumplido ya en Cristo y que se le ha regalado ya a María en plenitud. Hay resurrección.

María es la Madre de nuestra esperanza. Ella es «la perfectamente redimida» (K. Rahner). En ella se ha realizado ya de manera eminente y plena lo que esperamos un día vivir también nosotros.

Pero María es sobre todo Madre de esperanza para los más pobres y los más crucificados de este mundo. Si María es grande y bienaventurada para siempre es porque Dios es el Dios de los pobres.

María se alegra de que Dios sea así. El Dios de los pobres y los humillados. El que ha sabido mirar la humillación y bajeza de su esclava. El que no se ha detenido ante Popea o Cleopatra, sino que ha fijado su mirada en una pobre campesina sin aureola, cultura ni riquezas.

Al cantar hoy el Magnificat, recordemos quién es el Dios que ha glorificado a María y en el que ella ha puesto todo su gozo y su esperanza. No es el Dios neutral e indiferente en el que, con frecuencia, nosotros pensamos. Es el Dios de los pobres. «El que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; el que colma de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidе con las manos vacías».

Estas palabras, como dice J. L. González Faus, «no son palabras de ningún profeta agresivo ni de ningún guerrillero violento, sino que han brotado de la ternura, la limpieza y el gozo que caben en el corazón de María; ese corazón que había guardado la memoria y el gozo de Jesús, quien bendecía al Padre porque ha ocultado su reino a los aristócratas de la tierra y lo ha revelado a los poca cosa».

José Antonio Pagola

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

javier.sanchez@fundacionhospitalarias.org

jorgejuan.galan@fundacionhospitalarias.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)



www.fundacionhospitalariasciempozuelos.org

17 DE AGOSTO 2025

XX. DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Año XV. nº 948

La
BUENA
NOTICIA
de la
SEMANA



Palabra de Dios:

Jeremías 38, 4-6.8-10.

Me has engendrado para pleitear para todo el país.

Salmo 39.

Señor date prisa en socorrerme.

Hebreos 12,1-4.

Corramos con perseverancia en la carrera que nos toca.

Lucas 12,49-53.

No he venido a traer paz, sino división.

Por los caminos de Galilea Jesús se esforzaba por contagiar el «fuego» que ardía en su corazón. En la tradición cristiana han quedado huellas diversas de su deseo. Lucas lo recoge así: «He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!». Un evangelio apócrifo más tardío recuerda otro dicho que puede provenir de Jesús: «El que está cerca de mí está cerca del fuego. El que está lejos de mí está lejos del reino».

Jesús desea que el fuego que lleva dentro prenda de verdad, que no lo apague nadie, que se extienda por toda la Tierra y que el mundo entero se abra. Quien se aproxima a Jesús con los ojos abiertos y el corazón despierto va descubriendo que el «fuego» que arde en su interior es la pasión por Dios y la compasión por los que sufren. Esto es lo que le mueve y le hace vivir buscando el reino de Dios y su justicia hasta la muerte.

La pasión por Dios y por los pobres viene de Jesús, y solo se enciende en sus seguidores al contacto de su Evangelio y de su espíritu renovador. Va más allá de lo convencional. Poco tiene que ver con la rutina del buen orden y la frialdad de lo normativo. Sin este fuego, la vida cristiana termina extinguiéndose.

El gran pecado de los cristianos será siempre dejar que este fuego de Jesús se vaya apagando. ¿Para qué sirve una Iglesia de cristianos instalados cómodamente en la vida, sin pasión alguna por Dios y sin compasión por los que sufren? ¿Para qué se necesitan en el mundo cristianos incapaces de atraer, dar luz u ofrecer calor?

Las palabras de Jesús nos invitan a dejarnos encender por su Espíritu sin perdernos en cuestiones secundarias o marginales. Quien no se ha dejado quemar por Jesús no conoce todavía el poder transformador que quiso introducir él en la Tierra. Puede practicar correctamente la religión cristiana, pero no ha descubierto todavía lo más apasionante del Evangelio.

José Antonio Pagola



“No busquemos los consuelos de esta tierra, que no pueden nunca dar verdadera paz y alegría”.

San Benito Menni (c. 466)

Espiritualidad y Oración:

Bendición de Santa Clara a sus Hermanas.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El Señor os bendiga y os guarde.

Os muestre su faz y tenga misericordia de vosotras; vuelva su rostro a vosotras y os conceda la paz, a vosotras, hermanas e hijas mías, y a todas las que han de venir después de vosotras y han de formar parte de esta nuestra hermandad, y a todas las demás de toda la Orden que perseveren hasta el fin en esta santa pobreza.

Yo, Clara, sierva de Cristo, plantita del padre nuestro San Francisco, hermana y madre vuestra y de las demás hermanas pobres, aunque indigna, suplico a nuestro Señor Jesucristo que, por su misericordia y por la intercesión de su Santísima Madre María, de San Miguel arcángel, de todos los ángeles de Dios y de todos los santos y santas, el mismo Padre celestial os conceda y confirme esta santísima bendición en el cielo y en la tierra: en la tierra multiplicándoos en gracia y en virtudes entre sus siervos y siervas en su Iglesia militante; en el cielo, exaltándoos y glorificándoos entre sus santos y santas en su Iglesia triunfante. Os bendigo en mi vida y después de mi muerte, en cuanto me es posible y más de lo que me es posible, con todas las bendiciones con que el mismo Padre de las misericordias ha bendecido y bendecirá en el cielo y en la tierra a sus hijos y a sus hijas espirituales, y con las que cada padre o madre espiritual ha bendecido y bendecirá a sus hijos y a sus hijas espirituales. Amén.

Sed siempre amantes de Dios y de vuestras almas y de todos vuestros hermanos para que observéis siempre solícitamente lo que al Señor prometisteis. El Señor esté siempre con vosotras y ojalá vosotras estéis siempre con Él. Amén



Santa Clara de Asís
11 de agosto